

Las galletas en el bolso

sebaknt

Image not found.

Capítulo 1

Las galletas en el bolso

Una historia sobre la leyenda de don Sífiro Gaona

Anastasio Martínez corría por su vida. Literalmente. El Chaco paraguayo no es un lugar que permite ser pisoteado con facilidad, así que el sargento Martínez tenía que dar muestras de verdadero talento atlético para superar obstáculo tras obstáculo, sin otra fuente de luz que la luna, siempre pálida, siempre indiferente.

Los bolivianos le pisaban los talones. Y esto enojaba a Anastasio Martínez. "No me van a alcanzar. Mucho menos estos boli kuña", pensaba. El ego del sargento Anastasio Martínez era conocido entre los soldados paraguayos, y su destreza en carreras estaba a la altura. Ya se había ganado dos latas de agua y 3 galletas en la última semana y media. Y eso, en esa época y ese lugar, valía oro.

Así que podríamos decir que el sargento Anastasio Martínez, en esa madrugada de septiembre de 1933, era un hombre rico.

Finalmente, el sargento Martínez cruzó matorrales, arbustos, árboles secos y lluvias de espinas, hasta llegar a un claro. El sargento agudizó la vista, y la débil luz de luna iluminó lo que alguna vez había sido un lago. "Se acabó", pensó Martínez. "No tengo dónde esconderme. Esto es tiro al blanco". El blanco redondo se extendía por unos 100 metros a la redonda. El suelo era el más seco que había pisado Martínez en toda su vida.

Entonces, del viento norte eterno que ahí sopla, parecía que el espíritu mismo del Chaco se transportó hasta la espalda baja de nuestro sargento, se metió bajo su uniforme verde'o y, aferrándose a la humedad del sudor que reposaba sobre la piel del soldado, recorrió toda su espina, causándole un escalofrío y besando sus orejas, compartiendo con él un sonido. Solo dos palabras, pero que para el sargento significaron la diferencia entre ser un cuerpo pudriéndose en el calor, o ser una persona lleno de vida, emociones y esperanzas.

"Corré, Martínez".

Sus ojos se abrieron de par en par y giró con desesperación a todos lados, tratando de descubrir el origen de esas palabras que, luego de un momento, se volvían a repetir.

"Corré, Martínez".

Y Martínez corrió. Como nunca antes en su vida. Corrió hasta cruzar ese lago seco, flotar por sobre los arbustos chaqueños y perder a los bolivianos que tan cerca estuvieron de atraparlo.

Y desde ese día, el sargento Anastasio Martínez se enamoró perdidamente del Chaco paraguayo. Porque fue éste, ningún compañero, espíritu hermano o ángel guardián, sino el Chaco mismo, el que le pidió que siga, que no se rinda. Su vida ahora se le debía al Chaco, y él no podía mostrarle nada más que una completa devoción.

Martínez fue uno de los últimos en dejar el Chaco, en el 35. Y aún después de hacerlo, trabajó hasta poder comprarse una estancia, cerca de Cañada El Carmen.

- Se llamaba igual que vos -, dijo la niña, sentada cómodamente en las piernas del viejo. Estaba tan atenta a la historia como solamente una niña podía estar.

- Sí, Silvi, se llamaba como yo.

- Abuelo, el Chaco no le habla a la gente - La niña respondió con silencio, pensativa.

- ¿Ah, no? ¿Y vos cómo sabés?

- A mí nunca me habló las veces que venimos a visitarte.

- Capaz no estés escuchando...

- Capaz no fue el Chaco el que le habló al sargento. Capaz fue una persona.

- ¿Una persona?

- Sí. Alguien que le ayudó. Alguien bueno, que andaba solo por ahí, no con el ejército -. El abuelo sonrió y suspiró. Estaba lleno de orgullo. Y amaba a su nieta en ese instante, más que nunca.

- ¿Y si te digo que, en realidad... Fue un poco de los dos?

- ¿Un poco de qué?

- Y un poco del Chaco, y un poco de un hombre.

- ¿Eso existe?

- Depende de vos - respondió el viejo Martínez - Si lo podés imaginar,

puede existir.

“Corré, Martínez”.

Sus ojos se abrieron de par en par y giró con desesperación a todos lados, tratando de descubrir el origen de esas palabras que, luego de un momento, se volvían a repetir.

“Corré, Martínez”.

Y Martínez corrió. Como nunca antes en su vida. Corrió hasta cruzar ese lago seco, instante en el que sintió un golpe que lo lanzó al suelo. Cuando el sargento consiguió una distancia aceptable del atacante, sujetó con fuerza el mango de su machete y arremetió contra la sombra. Un sonido metálico resonó, el machete rebotó y la sombra se movió hasta tomar forma humana. Al sargento Anastasio Martínez le sostuvo con fuerza la mano del machete un hombre de no más de 40, con el pelo negro, arreglado y la barba a medio crecer. El sargento Anastasio Martínez miró a los ojos de este hombre, y en ese instante se dio cuenta de que no se trataba de un enemigo. El hombre le indicó silencio, poniendo un dedo sobre su boca. Martínez le hizo caso. De todas formas, le quedaban pocas fuerzas para cualquier otra cosa.

Lo que pasó después fue algo que el sargento Anastasio Martínez no olvidaría jamás en toda su vida. Los bolivianos aparecieron, parcialmente iluminados por la luna. Solo que no eran bolivianos. Martínez se frotó los ojos cansados y lo comprobó: no eran humanos. Eran pequeños seres desnudos, cubiertos con pelo oscuro, ojos redondos sin expresión y bocas también redondas, con algunos dientes ovalados. Y de sus ojos y sus bocas, un tono naranja daba la impresión de que estaban incendiándose por dentro. Eran 5 ó 6 seres, y poseían pedazos de hierro en ciertas partes del cuerpo –una hombrera, un casco, túnicas o escarcelonas, botitas, una espada, un mazo. Como niños jugando a ser guerreros.

Martínez miró, asustado, al hombre que tenía a su lado. El mismo señaló el temido Mauser que había dejado caer a pocos centímetros. El sargento paraguayo asintió y se aferró a su arma. Silenciosamente, le cargó un proyectil, y dejó dos a mano. Volvió la vista al hombre y éste asintió.

El sargento Anastasio Martínez se puso el fusil al hombro, se acomodó en la tierra y apuntó tranquilamente a la deforme cabeza de una de esas criaturas, que parecían encontrarse olfateando el aire. Olfateándolo a él. El sargento Anastasio Martínez era uno de los mejores tiradores de toda la 7.ª División paraguaya. Con esto en mente, Martínez apretó el gatillo. Se produjo una gran explosión y un grito de dolor. La mano derecha de Martínez estaba despedazada. El fusil, esparcido por la espesura chaqueña. Ese era el terrible Mauser, al que muchos le habían apodado “el mataparaguayos”, fruto de la fabricación a lo loco, del apuro y de la falta

de experiencia de los altos mandos paraguayos. Y ese era el lugar donde alguna vez estuvo la mano del sargento Anastasio Martínez, que ahora había interrumpido sus gritos de dolor al darse cuenta de 5 ó 6 pares de ojos redondos que parecían pequeñas chimeneas, estaban posados sobre él.

Entonces, el turno les tocó a ellos, corriendo como pequeños demonios salvajes, en busca de su sangre, sus tripas y su corazón vivo. El suelo retumbó levemente. Martínez miró su machete, pero ya estaban sobre él. De nuevo, un estruendo. Y otro que le siguió. El sargento abrió los ojos y miró al hombre que estaba a su lado, ahora de pie. Martínez pudo observar una camisa oscura, un chaleco, dos fusiles a cruzados en su espalda, un sable corto en el cinturón y en sus manos dos humeantes Smith & Wesson calibre .44 que le hubiesen encantado al coronel Garay. Esas eran armas de última generación. Bueno, era un modelo que no tendría ni 5 años, y pocos en el ejército paraguayo aparte de él y el coronel Garay las reconocerían. ¿Quién era este hombre que, rápidamente y con suma elegancia volvió a levantar las armas, las disparó al mismo tiempo y terminó con otro par de pequeños enemigos?

- ¡Atento! – gritó el extraño al sargento. Este giró la cabeza y vió a la horrible criatura ya en el aire, dirigiéndose hacia él con la pequeña y gruesa espada arriba de su cabeza. Pero el sargento Anastasio Martínez era, como todos los paraguayos, un habílísimo guerrero con el machete en mano, y ni un segundo pasó hasta que la criatura se encontraba en el piso, inerte, con medio machete metido en su costado. Martínez forcejeaba para recuperar su cuchilla, pero con una mano prácticamente desaparecida, se le dificultaba la tarea.

El hombre se acercó, pisó el cuerpo del monstruo y con sus manos extrajo el machete. Lo giró hábilmente y se lo ofreció por el mango al sargento.

- ¿Qué eran esos demonios? -, preguntó Martínez.

- Nada más que eso, sargento.

- Y usted... ¿Usted quién es?

- Yo soy aquello a los que los demonios temen.

- No entiendo... No sé qué hace acá. No sé qué busca. Y para serle sincero, no sé lo que eran esas criaturas.

El hombre se acercó al sargento, sacó una venda de su bolso y comenzó a limpiarle la mano. Levantó la vista hacia Martínez.

- Esto le va a doler.

- ¿Tiene nombre?

- Gaona. Sífiro Gaona.

- Entonces le he de agradecer, señor Gao... ¡Aargh! – exclamó Martínez, cuando Sífiro Gaona le ató un torniquete a la altura de la muñeca.

- Algunos les llaman Muki. Al menos los brujos bolivianos y chilenos que los encontraron les llaman así. En otras partes, tienen otros nombres.

- ¿Están peleando la guerra?

- Todos peleamos una guerra, sargento Martínez.

- Sí, pero... ¿Hay demonios en la guerra? ¿Mba'è pio pea?

- Hay otra guerra dentro de esta guerra. Una que libro desde hace tantos años...

- ¿Quiénes? ¿Quiénes pelean? ¿Y por qué?

- Sargento, perdió mucha sangre. Con gusto le acompaño de vuelta hacia Puerto Estrella. Está a pocas horas por acá. Sígame – Los dos hombres comenzaron la marcha, en silencio.

- Señor Sífiro Gaona... Cazador de demonios del Chaco -, dijo el sargento Anastasio Martínez después de unos metros recorridos, con media sonrisa en el rostro y tres galletas en el bolso.